



### EN EL CLAROSCURO DE LA FE, BROTA LA ESPERANZA

Queridos hermanas y hermanos:

Dentro de pocos días, se cumplen 225 años desde aquella navidad del 1800, cuando en el silencio de la noche, de la vida escondida, clandestina y perseguida, un pequeño grupo de hombres y mujeres, supo desafiar el miedo, el peligro y la incertidumbre de toda decisión difícil. Así, nació nuestra Congregación.

Era una noche de esperanza. Un eco de la noche de Belén, que oscura y silenciosa le dio a la historia humana un nuevo comienzo, otro despertar.

La noche de Poitiers, noche de sueños y de confianza, fue capaz de atesorar los anhelos de quienes ofrecían su vida para los designios de Dios. No cantaron ángeles como en Belén. Resonó otra música capaz de alumbrar de alegría los corazones. Tal vez, la Salve, o algún villancico. Notas que alternando el canto y el silencio se seguirían repitiendo por años, siglos, ...

La noche de Poitiers evoca también la persecución y la adversidad que empuja a la Iglesia a vivir en la intemperie de la historia y madurar su misión en la clandestinidad. No sería la primera ni la última vez. El joven Pedro lo medita en su lectura de la historia de la Iglesia en el granero de la Motte d'Usseau. Y, a pesar de todo, Dios sigue llevando adelante su obra y repara su Iglesia, una y otra vez dismantelada, en sus frágiles mediaciones. Así cuando el fundador creía que sería el último sacerdote sobreviviente en Francia, celebra cada día, después de medianoche, la eucaristía y la prolonga en la adoración con las pequeñas partículas del Cuerpo de Cristo.

Es ese pan de Dios y nuestro que alimenta la fe de los confesores y de los mártires: Es el testimonio valiente de la laica Santa Fe ante sus perseguidores en Agen, que mueve a su pastor, Caprasio, a hacer lo mismo. Este relato conmueve al joven sacerdote, Pedro, y lo mueve también a salir de su escondite y a vencer sus miedos para asumir los riesgos de la fe y renovar su celo por la obra de Dios. Sí, para eso fue ordenado.

En las largas jornadas de encierro renueva esa vocación a sacrificarlo todo, hasta dar la propia vida, si el Señor así se lo pedía. Y fue 8 años después, el 20 de octubre de 1800 en la fiesta de san Caprasio, que Henriette, con el mismo propósito, nacido en ella, en la cárcel, junto a otras 4 hermanas (Gabriel, Thérèse, Madelaine y Gertrude) y Pedro y otros dos hermanos (Bernard e Hilarion) hicieron sus primeras resoluciones. Pedro adopta como nombre religioso, Caprasio. Ese nombre le recordaba un modo recio de esperar y una misión. Pocos días después, en la noche de Navidad de ese mismo año, ese pequeño rebaño renovó sus compromisos. Así este grupo iba fraguando la confianza en la "obra de Dios" como una virtud nocturna.



En esa noche luminosa, también iba sintonizando con el ritmo paciente que agrada a Dios para llevar adelante sus planes: la “inmensidad” del amor de Dios que se hace sentir en los balbuceos de un niño pequeño, la semilla que cae y muere, y que sin que sepamos, la hace germinar para que dé fruto abundante.

Mirando hacia atrás, vemos agradecidos ese momento que recreamos cada año como alimento de nuestra entrega. Pero mirando al futuro nos aferramos a la esperanza. Acogemos el sueño de aquellos primeros hermanos y hermanas, que nos legaron la clave para los tiempos difíciles: la esperanza. Esa que crece en el silencio, que habla de aquello que no está pero que viene, y sugiere palabras que le dan vida a las cosas que anhelamos, porque el corazón intuye lo que es bueno que exista, algún día.

La esperanza es un diálogo entre lo que no ha venido y lo que está en ciernes en la promesa de Dios. Y madura en el silencio, en la quietud de la noche donde brotan las grandes cosas, esas por las que nos jugamos la vida.

En esta noche de Navidad queremos unirnos como congregación, hermanas y hermanos, en el gesto de la renovación de nuestros votos religiosos. Hagámoslo junto al Pueblo de Dios cuyo testimonio de fe y oración nos sostienen. Demos gracias a Dios porque su obra que inició en Pedro, Henriette y el grupo fundacional la prosigue en nosotros, y pidámosle que renueve en cada uno, y en toda nuestra familia religiosa, el ardor misionero.

Una santa Navidad a cada uno de ustedes y a sus comunidades, junto a nuestro abrazo fraterno.

Unidos en los Sagrados Corazones,

Patricia Villarroel  
Superiora general

Alberto Toutin  
Superior general